que ella, hija suya, lo hallara tambien. Su confianza no fué vana; al noveno dia de sus oraciones se vió la pierna tan sana como si no hubiera tenido nada, y no fué porque aquellos humores se retiraran de una parte para dañar otra, pues su restablecimiento fué completo, y en seis años que vivió todavía, continuó en el servicio de los pobres con entera libertad.

En fin, el último milagro fué el de Alejandro Felipe Legrand. Este jóven que desde su nacimiento estaba en el hospicio de espósitos, quedó tullido de edad de siete años, de manera que no podia andar, ni acercar la mano á la boca. El cirujano de la casa, que era uno de los mas hábiles de Paris, viendo que no conseguia nada con todos sus remedios, declaró que el muchacho no podia sanar, y que era menester llevarlo al hospital general, donde habia una sala para los incurables de su edad. Una hija de la Caridad quiso antes de hacerlo, probar los remedios de otra clase, é hizo comenzar una novena sobre el sepulcro de Vicente de Paul, la que aun no estaba concluida cuando Alejandro recobró el movimiento que no habia podido lograr con cuatro años de medicinas, y á pie y sin apoyo anduvo media legua para volver á su antiguo domicilio. Este suceso hizo la misma impresion en Roma que en Paris, y el milagro se sostuvo contra los ataques del promotor de la fe, quien en una corte donde frecuentemente de noventa milagros no pasa uno, tiene como un protocolo de dificultades que hacer valer. En sus réplicas no se encuentran vanas declamaciones, ni palabras amontonadas y confusas que no significan nada: tiene por principios lo que han dicho los mas sabios médicos, desde Hipócrates hasta nuestros dias, sobre todas las enfermedades imaginables: invoca en su apoyo todo lo que ha obrado la naturaleza sola en casos semejantes, ya sea á juicio de los maestros del arte, ya por las relaciones de los historiadores. Se pregunta á un perito de consumada ciencia, y basta que dude para decidir contra lo sobrenatural de la operacion; pero si se ve precisado á reconocer en ella la mano del Todopoderoso, todavía puede ser y es con frecuencia combatida su asercion. Se encarga otro perito de un nuevo exámen; presenta su dictámen como el primero, ante una asamblea inteligente; y de tantas personas respetables por su virtud y probidad, no hay una que, como el Apóstol, no ponga á Dios por testigo, con peligro de su eterna salvacion, de que no ha consultado mas reglas que las de la verdad y justicia. Añádanse á eso las oraciones, comuniones y sacrificios qne se ofrecen para atraerse las luces del Espíritu Santo, y se convendrá en que la Iglesia Romana toma todas las precauciones posibles para evitar el error.

Benedicto XIII, despues de haber oido á los cardenales y consultores, y tomádose algun mas tiempo para impetrar los auxilios celestiales, el 13 de Agosto de 1729 publicó por fin el decreto que pone á Vicente de Paul en el número de los bienaventurados. El aplauso con que fué recibido este decreto en todas las partes del mundo, hizo tanto honor al digno sacerdote como la magnificencia con que el 21 de Agosto fué celebrada su fiesta en la soberbia basílica del Vaticano. Se hallaron en ella diez y ocho cardenales de la Congregacion de Ritos, y veintiocho tanto prelados como consultores de la misma Congregacion. El papa estuvo en la tarde, y despues de adorar al Santísimo Sacramento, fué á ponerse de rodillas delante de la imágen del recien beatificado. Vicente de Paul era tan grande á los ojos de la Religion en este dia de triunfo, cuanto habia sido pequeño á los suyos mientras vivió sobre la tierra.

La misma fiesta se hizo en Paris, el 27 de Setiembre; y aunque no estaba ya entero su cuerpo, no tenia ningun mal olor, y estuvo desde entonces espuesto á la veneracion de los fieles. Celebró de pontifical Cárlos Gaspar Guillermo, de los condes de Vintimille de Luc, la iglesia estaba decentemente adornada, pero sin magnificencia.

Pocas diócesis hubo en Francia, Italia y Polonia que no se pusiesen en movimiento para darle muestras de su respeto. Los prelados de todas las órdenes se impusieron la obligacion de abrir la solemnidad de su culto, y muchos de ellos de celebrar sus virtudes en los púlpitos. Los reyes, príncipes y magistrados doblaron humildemente las rodillas delante de la imágen de aquel pobre sacerdote que tantas veces las habia inclinado delante de los pobres de la hez del pueblo. El cielo continuó confirmando la decision de la Santa Sede con nuevos prodigios, que la obligaron á decretar nuevos honores al siervo de Dios.

Para esto se dieron nuevas cartas remisoriales el 5 de Mayo de 1731, y los delegados que eran el arzobispo de Paris, el obispo de Belen, y el antiguo obispo de Vence, oyeron en el espacio de dos años á ciento treinta y cinco testigos, que todos dieron sus declaraciones sobre hechos que se juzgaban superiores á las fuerzas de la naturaleza. Los tres prelados dieron cuenta á Clemente XII, que ocupaba entonces la silla de San Pedro, y añadian, que mientras se examinaban los primeros milagros, casi en su presencia se habian obrado otros nuevos, sobre todo, en la persona de una jóven inglesa; y que de los muchos que habian sanado por la intercesion del Beato, ni uno habia tenido las ridículas convulsiones que habian hecho tanto ruido en Paris.

Aunque para la canonizacion de un santo no se necesitan mas que dos milagros, se presentaron á la Sagrada Congregacion siete, de los cuales solo relataré uno que tuvo mucha celebridad por haber recaido en una persona de consideracion. El detalle está sacado, como los precedentes, de las mas auténticas actas.

Luisa Isabel Sackville, doncella inglesa y de muy buena casa, perdió absolutamente el uso de la pierna derecha, despues de tres ó cuatro meses de calenturas. Por poco que la apoyase en el suelo, sentia en el cuadril dolores tan agudos, que solian hacerla desmayar. No pudieron aliviar su mal los remedios que prescribieron los mas sabios médicos de Paris, ni unos baños medicinales que tomó, antes por el contrario, se encontró tan desfallecida despues de su viage, que el mismo año recibió dos veces los sacramentos. No se podia ver sin compasion á una persona tan jóven reducida al uso de las muletas, y arrastrando una pierna que pendia de su cuerpo como una rama quebrada, que ya no recibe del árbol vida ni movimiento.

Dos religiosas de la comunidad de Santo Tomas de Villanueva le dijeron, que una de sus hermanas habia sanado poco tiempo antes, de una enfermedad semejante por intercesion de Vicente, y ella se determinó á comenzar una novena. El camino era muy penoso para la enferma; la llevaban y la bajaban del coche casi como un cuerpo inanimado: para llegar hasta el sitio donde oia la misa, necesitaba el auxilio de dos criados, porque no le bastaban sus muletas. Un sacerdote de la casa que supo que con la novena no habia tenido ningun alivio, le dió á besar el relicario en que estaba encerrado el corazon del Santo, y le hizo una exhortacion á la perseverancia.

No estaba tan lejos como se creia del tiempo señalado para que resplandeciese sobre ella la misericordia de Dios. Desde el dia siguiente sintió que su pierna, que estaba fria como mármol, recobraba su calor natural, y al instante le dijo á su hermana, que se creia en estado de poder andar sin apoyo: lo hizo en efecto, y anduvo con la misma facilidad que antes de enfermarse. La jóven de Sackville fuera de sí, dió la noticia rápidamente á las criadas de la casa, quienes acudieron, y al ver tan asombrosa revolucion, derramaron muchas lágrimas.

Las dos hermanas vivian en casa de la señora Hayes, que era de la religion que se da el nombre de reformada, y al momento empezaron á tratar de cómo le anunciarian un suceso que para ella debia ser doblemente admirable. Le mandaron un recado suplicándole que pasara á su cuarto, porque tenian una buena noticia que darle. Pero es dificil moderar los primeros movimientos de un gran regocijo: Isabel Sackville se hizo bastante violencia para no levantarse á encontrar á la señora, y la recibió sentada como acostumbraba; pero preguntándole cuál era la buena noticia que tenia que dar, respondió prontamente: Señora, hice una novena al Beato Vicente de Paul: he sanado y puedo andar; y al momento se levantó y anduvo como una persona que no ha padecido nada. La sorpresa de la señora Hayes fué mayor de lo que se esperaba, y no la dejó gozar de aquel espectáculo, pues se desmayó de manera, que con trabajo la hicieron volver en sí al cabo de una hora.

Despues hablaba del milagro como hubiera podido hablar un zeloso católico, y lo atestiguó con un certificado escrito por ella misma, dándo licencia á su amiga para hacer de él, el uso que creyese conveniente. Su marido que trataba á todas las personas distinguidas de la corte y de la ciudad, olvidó entonces que era de una secta acostumbrada á tratar de fábulas los milagros de la Iglesia Romana. Siempre contaba la curacion como superior á las fuerzas de la naturaleza, y en este sentido habló de ella al cardenal Fleury.

Tal fué el prodigio que aunque separado de todos los accidentes que pudieran oscurecerlo, pareció débil á los ojos de la Congregacion de Ritos, que es una nueva prueba de lo que ya otros han dicho antes: que hay mas rigor en los exámenes de la Santa Sede, que en los de sus mas declarados enemigos. Para convencerse de eso, basta comparar el juicio de Roma con el de la señora Hayes, quien despues de afirmar delante de Dios que no habla sino para dar testimonio de la verdad, declara, que la señorita L. Isabel Sackville cayó gravemente mala en su casa por el mes de Marzo de 1730, y que entre los accidentes de su enfermedad, quedó enteramente paralítica de la pierna derecha, que se puso fria como yelo. Tambien afirmo, prosigue ella, que cosa de tres años la ví arrastrar su pierna sin poder servirse de ella de ninguna manera, y que el 23 de Diciembre de 1732, aunque hacia mucho tiempo que no se hacia ningun remedio, porque el Sr. Chirac y todos los que la habian visto la creian incurable, en un momento recobró el uso de ella, de modo que solo á Dios se puede atribuir una curacion tan pronta y tan perfecta: tanto me sorprendió esto, que habiéndome mandado llamar la dicha Sackville como para darme una buena noticia, me desmayé al verla andar, y tardé largo tiempo en volver en mí. Pasé la mayor parte de la noche sin dormir, y queriendo asegurarme de la solidez de la curacion, me levanté por la mañana por ver si para ir al sepulcro del Beato Vicente de Paul á quien se habia encomendado, bajaba cómodamente la escalera y subia al coche sin apoyo: yo misma ví que así lo hizo, y le recordé que con un criado mandara sus muletas al sepulcro del Beato. Ademas afirmo, que ha continuado andando con tanta facilidad como cualquiera otra persona, sin haber tenido crísis, ni sudor, ni haberse hecho ningun remedio, ni antes ni despues de su curacion.

Paris, Febrero 3 de 1733.

Firmado.---*Catarina Soracole Hayes.*

Vicente de Paul es tal vez el único á quien nuestros hermanos separados [1] han dado el nombre de Santo, ademas del Apóstol de las Indias. Los que siguen tan de cerca las huellas de los grandes hombres, tienen algun derecho á sus prerogativas.

El 24 de Junio de 1736 aprobó Clemente XII dos de los milagros que le presentaron, y el 16 de Junio del año siguiente dió la bula de la canonizacion. No hablaré del ligero disturbio que escitó; pero sí diré, que cuando Pedro Gilberto de Voisins pidió su supresion, habló de Vicente de Paul en los mismos términos que los Molé, Lamoignon, Lepelletier y tantos otros magistrados ilustres: es decir, que promulgó la nueva canonizacion como de un santo tanto mas digno de veneracion en aquel reino, que despues de haberlo edificado con sus ejemplos, ha dejado en él monumentos eternos de su piedad y zelo. El parlamento declaró tambien en sus representaciones al rey, que no era su intento tocar á la veneracion que tenia toda la Francia al santo sacerdote, y que no faltaba para autorizar su culto mas que la bula estuviese revestida de las fórmulas acostumbradas en el estado.

Mientras duraban estas agitaciones, continuaba el Santo haciendo milagros de todas clases, y su fiesta se celebraba en Europa, Africa, América, y hasta las estremidades de la Asia, con todas las solemnidades posibles. Roma comenzó, segun la costumbre, y la ceremonia se hizo en la basílica de Letran con magníficos adornos, solo inferirores á aquellos que se hacen á espensas de los soberanos. Los costos hubieran sido escesivos para un cuerpo particular, si no hubiera servido la misma pompa para Francisco Regis, Julian de Falconeli y Catarina Fieschi, á quienes habia puesto el papa poco antes en el número de los santos.

En Francia se hizo lo mejor que se podia desear. El arzobispo de Paris comenzó la solemnidad de la octava á la cabeza de su metrópoli y de las cuatro iglesias que tienen costumbre de acompañarlo, y el cardenal de Polignac la concluyó. Las mas sabias comunidades enviaron sus diputados, y el duque de Richelieu, que fué de Fontainebleau espresamente para asistir el último dia, tuvo la satisfaccion de ver, en presencia de una hermosa y numerosa asamblea, que no se puede hacer bien el elogio de la caridad de Vicente de Paul, sin hacer tambien el de las inmensas liberalidades de la duquesa de Aiguillon.

Todas las provincias del reino siguieron prontamente el ejemplo de la capital: habiéndose celebrado la fiesta en Fontainebleau mientras el rey estaba allí, este príncipe dió órden para que la parroquia que sirven los misioneros fuese adornada con las mas bellas tapicerías de la corona: sus magestades fueron allí á presentar sus homenages al nuevo Santo, cuyo ejemplo siguieron aun los mas grandes de la corte, y la reina que edificaba en todas partes, se enterneció al ver la devocion de una niña de nueve años que por intercesion de Vicente habia sanado de parálisis en su infancia, y que aprovechó la nueva solemnidad para dar á su bienhechor las gracias que por su poca edad no habia dado

Los señores condes de Lejon, con la mira de honrar á un hombre que hizo tanto honor á la eleccion de sus predecesores, se ofrecieron á prestar una de sus tres iglesias para la ceremonia, y en presencia de su arzobispo que por su avanzada edad no podia celebrar, hicieron la funcion del primer dia con la antigua magestad que causa admiracion á todos los estrangeros: mas de ciento veinte curas de la diócesis fueron en procesion á ofrecer sus respetos á un sacerdote que habia sido al mismo tiempo su colega y su modelo, y en fin, mas de seis mil comuniones que se hicieron durante la octava, dieron idea del fervor que Vicente habia comunicado en otro tiempo á su pueblo de Chatillon.

Este pueblo cuya veneracion á la memoria de Vicente de Paul era igual al amor que Vicente le habia tenido, merece un segundo lugar en la historia de su antiguo pastor por el tierno respeto que le profesaba. Luego que esta ciudad supo que se habia realizado su prediccion, de que algun dia seria colocado en el número de los santos, su regocijo se convirtió en un triunfo. Se recibieron allí los religiosos del siervo de Dios, como hubiera sido recibido él mismo si en persona hubiera ido á visitar de nuevo su rebaño. Todos lo miraban como un nuevo protector dispuesto á hacer por ellos lo que Jeremías hacia despues de su muerte por el pueblo de Dios. Estas justas espresiones no han sido desmentidas, y los muchos milagros colgados en la capilla prueban igualmente la ternura que conserva por sus ovejas y su gran poder para con Dios.

Pero mas que en ninguna otra parte triunfó el nuevo santo en la diócesis donde nació. Luego que Luis María Suarez de Aulan, digno obispo de Acqs, anunció á su pueblo la fiesta de San Vicente de Paul, sacerdote y confesor, nativo de la parroquia de Puy, en una pastoral llena de dignidad y sabiduría (del 10 de Junio de 1738) todo se puso en movimiento hasta el Bearn y la baja Navarra. La concurrencia fué tan numerosa que, no obstante las precauciones tomadas por la policía, hubo gentes de proporciones reducidas á comer pan de centeno. Los confesores no tuvieron un momento de tregua durante toda la octava, y todos los dias daban las cuatro de la tarde, y á veces las seis, sin haber acabado de dar la comunion: todas las autoridades y comunidades compitieron en hacer honores á su santo compatriota. La familia de Vicente de Paul, siempre pobre, pero virtuosa, no se distinguió mas que por su modestia é inocencia de costumbres.

[1] La señora Hayes fué despues muy buena católica.

El espectáculo que presentó la ciudad de Burdeos, fué mas grandioso y no menos edificante. Una procesion muy bien ordenada pasó de la catedral al hospital donde debia celebrarse la fiesta, y á su cabeza iban los niños espósitos, inocente enjambre, que en cualquier parte que esté debe mucho al siervo de Dios, pues el zelo que tuvo por ellos en Paris, ha servido de regla á las provincias. El jóven de Savignac, hijo y hermano de magistrados de primer órden, iba con un cirio en la mano, entre las dos banderas que precedian al clero del seminario y de la catedral: en el bautismo le habian puesto el nombre de Vicente de Paul, porque nació mientras se celebraba la fiesta de la beatificacion, y su virtuosa madre dispuso que desde su infancia honrase así á su santo patron, para que aprendiese desde temprano á seguir sus ejemplos. El arzobispo primado de Arquitania, cerraba la marcha de su numeroso clero, y detras el parlamento con todo el cuerpo judicial y los empleados del gobierno.

Todas estas pruebas de respeto y devocion á San Vicente dió una ciudad, en cuyo favor no tuvo ocasion de hacer ni la milésima parte de lo que hizo por otras. No menos las dió de fervor y piedad la iglesia donde se hizo la fiesta; estuvo llena de gente toda la octava, y cada dia se dió la comunion á mas de novecientas personas, mostrándose la nobleza tan rica en fe como el pueblo. Los ocho panegíricos que se hicieron, como en otros varios lugares, fueron justamente aplaudidos, y tanto mas gustaron, cuanto mas desterrado de ellos estaba el fausto y la elocuencia. Así en Paris como en las provincias se confesó que en un elogio tan abundante como el de Vicente de Paul, para ser orador, basta ser historiador.

No solo en Francia fué celebrado el nombre de nuestro Santo: la Saboya, el Piamonte, la Toscana, la república de Génova, el reino de Nápoles, Polonia y otros muchos estados lo honraron con una especie de emulacion: Lisboa no cedió en este punto á ninguna parte del mundo cristiano: decir que el serenísimo rey de Portugal D. Juan V hizo los gastos de la solemnidad, es lo mismo que decir que se hizo con la mayor magnificencia.

Una cosa bastante singular es, que tal vez no hay diócesis en que sea mas conocida la virtud de nuestro Santo, su nombre mas amado y su culto mas estendido, que en la Iglesia de Ipres. Hemos visto á gentes de distincion de esta ciudad, ir á Paris para tener la felicidad de invocarlo sobre su sepulcro; volverse inmediatamente á su pais sin ver nada de lo que llama la atencion de los estrangeros en esa hermosa capital, y decir con una sencillez llena de religion, que creian haber visto todo con ver los preciosos restos de un hombre tan poderoso en hechos como en palabras. De Ipres pasó su culto á Lovayna, cuya universidad sabe aliar tan perfectamente la erudicion con la virtud.

Desde el decreto de la Santa Sede, se ha estendido mucho el culto de este hombre de Dios: la América Setentrional lo ha añadido á sus otros santos protectores, y la primera parroquia que se ha edificado allí despues de su canonizacion, ha tomado su nombre. De tantos lugares en que se ha celebrado su fiesta tal vez no hay uno en que no se haya visto algun milagro, y en muchos han sido varios; pero aunque es grande la idea que dan del Santo estas maravillas, es menester confesar que la santidad de su vida será siempre el mayor de sus milagros. Si se repasa ligeramente lo que hemos relatado, ¿dónde se encontrará « mas inocencia de costumbres, « mas tierna piedad, mas viva fe, mas firme esperanza, mas ardiente caridad, práctica de virtudes mas heroica, zelo mas eficaz, conducta mas « prudente, desinteres mas absoluto y mas profunda humildad?" [1]

Mientras subsista la Iglesia de Jesucristo, y ha de subsistir hasta el fin de los siglos á pesar de todos los esfuerzos del infierno, se alabará en todas las partes del mundo « el sacrificio continuo que hizo de su cuerpo y de sus « sentidos, su dulzura, su igualdad de carácter, « su angelical pureza, su respeto á los prelados « de la Iglesia, su pronta y sincera obediencia á « las determinaciones de estos, su trabajo infatigable en instruir á los pueblos en las verdades de la salvacion, su zelo y esmero en prevenir los nuevos errores, en aniquilarlos desde su nacimiento si hubiera podido, y en « alejarlos de las compañías que habia fundado, ó cuya direccion le habia dado la Providencia." [2]

Los que quieran seguir los pasos de Vicente, quien siguió los de Jesucristo, deben tener presente que el culto de los santos consiste esencialmente en imitarlos en la tierra, y que la vida de San Vicente de Paul fué el Evangelio, ó mas bien, *la perfeccion del Evangelio puesta en práctica*, mediante la fe que obra por la caridad. Su ejemplo debe convencer á quien quiera imitarlo, de la necesidad que tiene de caminar siguiendo sus huellas; porque ha poseido con tal plenitud todas las virtudes, que para cualquier estado de la vida se encuentra mucho que imitar en la conducta de nuestro gran Santo.

[1] Pastoral del obispo de Rodez, Octubre 5 de 1738.
[2] Pastoral del obispo de Angers, 12 de Abril.

FIN DE LA HISTORIA DE LA CANONIZACION.